



001

LA BÚSQUEDA DE LO ABSOLUTO DE JACQUES Y RAÏSSA MARITAIN ¹

Angel C. Correa

Jacques Maritain, segundo hijo del matrimonio de Paul Maritain y Geneviève Favre, nació en París el 18 de noviembre de 1882. Su hermana Jeanne era seis años mayor.

Geneviève, que había sido católica hasta la muerte de su madre en 1870, se hizo protestante y anti-católica inducida por su padre, el destacado abogado y político Jules Favre, en tanto que Paul Maritain, también abogado, asociado al estudio de su suegro, era católico tradicional. Debido a múltiples diferencias, el matrimonio terminó en divorcio poco después del nacimiento de Jacques quien, por ello, vivió su infancia y adolescencia bajo la dependencia exclusiva de su madre. Geneviève dio especial importancia a la formación de su hijo, tanto en lo religioso como en lo intelectual –destacando el hecho de haberlo puesto por un tiempo bajo la dirección de Jean Réville, ministro protestante de formación liberal–, en la certeza de que sus dotes de inteligencia, manifiestos desde temprana edad, lo llevarían a seguir el camino de su abuelo. Jacques, sin embargo, no mostró gran entusiasmo por esa idea.

¹ Transcripción parcial del capítulo I del libro JACQUES MARITAIN, FILOSOFO CRISTIANO de Angel C. Correa.

*“Cuando era niño, odiaba la idea de que me parecía mucho al busto de mi abuelo que decoraba la chimenea de la sala de recepción de mi madre. Y no era solamente por orgullo o por el rechazo de no ser yo mismo. Tenía la premonición de una especie de elemento fatal, de todo lo que había de violencia y amargura mezclado con grandeza y generosidad, en mi linaje.”*²

En realidad, la más importante influencia de su adolescencia la recibió de Francisco Batón, esposo de la empleada y cocinera de la casa, de profesión excavador, a quien idealizaba como un ejemplo de “proletario consciente y organizado”.

“Charlando con él en la cocina, en la que me refugiaba para librarme de los amigos de mi madre, me había hecho socialista a mis trece o catorce años.” (Jacques, Cuaderno de Notas, CdeN, XII, 135)³

En carta a Batón, cuando tenía dieciséis años, Maritain dejó constancia de su apasionada convicción socialista y de la vergüenza de su vida privilegiada.

“Seré socialista y viviré para la revolución. Si hay alguien a quien yo debo gratitud por los progresos que puedo realizar, es precisamente a la muchedumbre inmensa de proletarios que sudan mientras yo me deleito en la lectura, de manera que tengo pan y vino, vestidos, un techo, una cama, fuego, libros y tiempo para leer, y libremente puedo apropiarme de todo el trabajo de la humanidad, de toda la labor intelectual acumulada de las generaciones anteriores y contemporáneas... Y aseguro que todo lo que pueda pensar y saber lo consagraré al proletariado y a la humanidad: lo emplearé totalmente en preparar la revolución, en ayudar por poco que sea a la felicidad y a la educación de la humanidad.” (CdeN, XII, 136)

Al incluir esta carta (que su madre se había cuidado de guardar) como el primero de los “viejos recuerdos anteriores al bautismo” en su ‘Cuaderno de Notas’, Maritain agregó el siguiente comentario:

2 Jean-Luc Barré. ‘Jacques and Raïssa Maritain. Beggars for Heaven’, p. 7

3 Estas citas provienen de las Obras Completas de Jacques y Raïssa Maritain

“Aunque no reniego ni mucho menos de la estima y el amor del pueblo obrero que en mí se había desarrollado y que siempre he conservado, me horrorizan la ruin inspiración y los lugares comunes de taberna revolucionaria con que por entonces se alimentaba. A pesar de lo falso de su tono, publico aquí este fragmento para dar una idea del estado de ánimo en que podía encontrarse en aquella época un joven burgués «traidor a su clase», y cuyo voto de servir «al proletariado y a la humanidad» jamás ha sido revocado, aunque para realizarse haya utilizado formas bastante imprevistas y se haya subordinado al de servir a Dios ante todo.” (CdeN, XII, 135)

Ese mismo año, Maritain conoció en el Liceo Henry IV a Ernesto Psichari, nieto del filósofo e historiador Ernesto Renan, quien, en su libro ‘La Vida de Jesús’ de 1863, escrito desde una perspectiva racionalista, declaró inexistente la divinidad de Jesús, provocando el abandono de la fe de muchos de sus contemporáneos, hecho que es considerado como uno de los primeros antecedentes del modernismo que más adelante, en 1907, recibiría la condena de Pío X en la encíclica ‘Pascendi’.

Los muchachos establecieron de inmediato una profunda amistad, fortalecida por la aceptación mutua y entusiasta de sus familias, que los acogieron con gran afecto. En sus sueños juveniles, los amigos reflejaban una gran inquietud intelectual, la que a veces alcanzaba el umbral mismo de la fantasía. En ellos afloraba tempranamente una necesidad insaciable de saber y de perfección, como lo ilustra esta carta de Maritain.

*“¿Irías conmigo hacia el Este, muy lejos en la India? Estaríamos solos en el desierto... Seríamos dos santos. Viviríamos mil años... y durante mil años los hombres pelearían y morirían. Pero nosotros habríamos asimilado la Muerte, habríamos conquistado la Emoción, habríamos destruido el Movimiento y habríamos arribado al Conocimiento. Y cuando ya en la cima hubiésemos llegado a ser inmóviles en cuerpo y en pensamiento, desde el semicírculo del cabello entre nuestras pestañas, un Rayo de Luz brillaría en adelante. Ese Rayo iluminaría el mundo... Y nosotros permaneceríamos solos en la doblemente infinita inmensidad del Tiempo y el Espacio, sostenidos por nosotros mismos en un profundo Nirvana. Entonces dormiríamos.”*⁴

4 ‘Jacques and Raïssa Maritain. Beggars for Heaven’, p. 40

Raïssa, su esposa, cuenta que desde sus días de escuela, Ernesto repetía: *“Jacques y yo somos uno. Pienso lo que piensa, hago lo que hace, siento lo que siente”*. (Raïssa, Las Grandes Amistades, GA, XIV, 674)

Con el tiempo, Ernesto se enamoraría perdidamente de Jeanne, la hermana de Jacques, amor imposible que casi condujo a la tragedia cuando ella contrajo matrimonio. Psychari cayó en la desesperación y en el vicio, e incluso en dos intentos fracasados de suicidio, situación de la que sólo pudo escapar gracias a una decisión extrema: su ingreso al ejército.

Por su parte, cursando ya sus estudios de filosofía en La Sorbona, a comienzos de 1901, Maritain le confiesa a su amigo, sin mencionar nombre, la existencia de una *“amiga”*, de quien dice tener una infinidad de cosas por aprender, *“un universo entero de plenitud y de alma”*, y con la que *“las horas pasan volando en un flujo de sentimientos y emociones”*.⁵

Efectivamente, a fines de 1900 o comienzos de 1901 (al parecer, no hay constancia de una fecha exacta), se produjo el acontecimiento que divide la vida de Maritain en antes y después: su primer encuentro con Raïssa Oumançoff, un año más joven que él, hija de una familia judía rusa emigrada a Francia en 1893 a causa de la persecución desatada contra los judíos tras el asesinato en 1891 del Zar Alejandro II, atribuido precisamente a un judío. El clima de ese encuentro lo proporcionó La Sorbona.

“Un día en que invadida por la melancolía, salía yo de un curso de Mutrachot, profesor de fisiología vegetal, vi venir a mí a un muchacho de dulce semblante, abundantes cabellos rubios, barba ligera y un poco echado hacia adelante. Se presentó, me dijo que estaba formando un comité de estudiantes para suscitar un movimiento de protesta entre los escritores y universitarios franceses, contra los malos tratos de que eran víctimas en su país los estudiantes socialistas rusos. Me pidió mi nombre para aquel comité. Ese fue mi primer encuentro con Jacques Maritain.” (GA, XIV, 661)

Allí nació de inmediato una gran amistad.

“Pronto nos hicimos inseparables. Jacques era ya licenciado en filosofía, pero preparaba también la licenciatura en ciencias, y frecuentaba los mismos cursos que yo.” (GA, XIV, 661)

5 ‘Beggars for Heaven’. p. 43

La pareja compartía horas conversando cuando caminaban al atardecer, de regreso de la universidad, o mientras recorrían incansablemente los museos de París, en los que Jacques introdujo a Raïssa en la pintura de los grandes maestros.

“Su cultura artística era entonces ya de muy elevado nivel, grandemente favorecida por su sentido innato de la poesía y de la belleza plástica... Con él fui por primera vez al Louvre.” (GA, XIV, 663)

Pronto, Maritain presentó Raïssa a Ernesto Psichari y a su otro gran amigo, Charles Peguy, poeta, ensayista y editor socialista, diez años mayor que él, quien lo consideraba como un hermano menor. Peguy ejerció una gran influencia no sólo sobre Maritain, sino en todo el grupo de amigos. Fue él precisamente quien ayudó a Jacques y Raïssa a encontrar el camino de esa gran intuición, **‘lo Absoluto’**, adonde orientaban la búsqueda en medio de un mundo que los agobiaba.

El ambiente de la Sorbona de esos años estaba dominado por un espíritu científicista que procuraba explicar todo el conocimiento humano sometiéndolo a teorías filosóficas estrictamente materialistas.

“En la Sorbona, tal como la conocimos, los sabios, en cuanto filosofaban, eran generalmente partidarios de teorías filosóficas como el mecanicismo y el epifenomenismo, del determinismo absoluto, del monismo evolucionista, doctrinas que niegan la realidad del espíritu y la objetividad de todo saber que rebase el conocimiento de los fenómenos sensibles.” (GA, XIV, 679)

Entre las asignaturas científicas que Jacques y Raïssa estudiaban juntos destacaba la de biología del profesor Felix Le Dantec, de convicciones empirista-positivistas, para el cual el fenómeno de la vida está sujeto a las leyes de la mecánica universal y, por consiguiente, puede ser analizado por los métodos de la física y la química. Esta lógica desacertada le inducía a decir, por ejemplo, que la inteligencia *“no es más que una materia blanda que vive a 38 grados.”* (GA, XIV, 683)

Semejante materialismo creaba una atmósfera de gran intranquilidad. Y si a eso se agregaba el agnosticismo y positivismo de los propios filósofos, se completaba un cuadro de nihilismo extremo, ausente de todo sentido y significación. Una tarde del verano de 1903, en que la joven pareja caminaba por el Jardín de las Plantas, se sintieron confrontados con una terrible conclusión:

“Si nuestra naturaleza era desdichada por no poseer más que una pseudo inteligencia capaz de todo salvo de la verdad; si, juzgándose a sí misma, tenía que humillarse hasta tal punto, no podíamos nosotros ni pensar ni obrar dignamente. Entonces todo se hacía absurdo – inaceptable– sin que siquiera supiésemos qué era lo que se negaba en nosotros de esa manera a aceptar.

“Lo que nos salvó entonces, lo que hizo de nuestra real desesperación una desesperación todavía condicional, fue justamente nuestro sufrimiento. Esta dignidad apenas consciente del espíritu salvó nuestro espíritu con la presencia de un elemento irreductible al absurdo a que todo trataba de conducirnos...

“Decidimos, pues, conceder confianza a lo desconocido durante algún tiempo; íbamos a abrir un crédito a una experiencia a realizar, con la esperanza de que ante nuestro vehemente llamamiento se rasgaría el velo que oculta el sentido de la vida... y de que se revelarían nuevos valores que nos libertarían de la pesadilla de un mundo siniestro e inútil. Que si esta experiencia no tenía éxito, la solución sería el suicidio... Queríamos morir con libre determinación si era imposible vivir según la verdad.” (GA, XIV, 691)

Ese mismo año, consciente de la gravedad vital de la desilusión de sus amigos era completa y amenazante, Charles Peguy los hizo cruzar la calle que separa la Sorbona del Colegio de Francia, donde Henri Bergson exponía brillantemente su sistema filosófico. Jacques y Raïssa, junto a Peguy, Psichari y varios otros amigos, comenzaron a asistir a sus clases con el entusiasmo que despertaba en ellos la sensación de liberación del materialismo extremo.

“Bergson fue el primero que respondió a nuestro deseo profundo de verdad metafísica, y el que liberó en nosotros el sentimiento de lo Absoluto.” (Jacques, El Filósofo en la Ciudad, FenC, XI, 26)

Es de destacar que en ese momento, en el inicio de la gran aventura que los conduciría al encuentro de lo Absoluto, su interés era exclusivamente filosófico, sin presencia religiosa directa alguna. Tanto Jacques, que se confesaba *“libre pensador idealista”*, como Raïssa, quien por su parte declaraba ser *“atea”*, estaban muy lejos de esa posibilidad. El camino que entonces recorrían los llevó a ser simplemente bergsonianos, condición de la que no les resultaría fácil desligarse, y que además, tampoco ayudó mayormente a Maritain a graduarse en filosofía. En efecto, en agosto de 1904, fracasó en su examen precisamente por esa razón.

*“Lo que hizo mi conferencia ininteligible fue haber dicho, hablando de la certidumbre intuitiva, que la vida interior es fluida, en movimiento, trasparente y continua. El profesor Darlu entendió: gelatina. El profesor Lachelier vio la licuefacción de los estados de conciencia. Y en la reunión que tuve después con Darlu, me hizo la siguiente juiciosa observación: «Si usted adopta una filosofía que mira a las cosas más que a las palabras y que cree que lo real es inexpresable, ¿para qué se presenta a un examen tan exigente, luchando por expresarse con palabras?».”*⁶

En definitiva, Maritain alcanzó su graduación un año más tarde, luego de haber ocurrido dos acontecimientos trascendentales, el mayor de los cuales, obviamente, fue su matrimonio con Raïssa, el 26 de Noviembre de 1904, y luego, su encuentro con León Bloy, de una importancia muy relevante por su significación a futuro.

Poco antes de casarse la pareja se enteró de un comentario sobre el libro de León Bloy, ‘La mujer pobre’, “en el que se reconocían las marcas evidentes de un genio”, lo que los indujo a leerlo.

*“Lo que nos deslumbró a la primera lectura de ‘La mujer pobre’ fue la inmensidad de esa alma creyente, su ardiente fervor por la justicia y la belleza de la sublime doctrina que por primera vez se alzaba ante nuestros ojos.”*⁷

Recién casados, se establecieron en un departamento de la calle Jussieu, a cuya entrada Maritain colgó un letrero que decía:

HACIA LO ABSOLUTO
TRABAJO DE DEMOLICIÓN⁸

Un segundo libro de Bloy, ‘Cuatro años de cautiverio’, los indujo a establecer contacto personal con su autor. Le escribieron y, sabiendo de sus apuros económicos, le adjuntaron veinticinco francos. Bloy les contestó agradeciéndoles y los invitó a su casa en Montmartre.

6 ‘Beggars for Heaven’, p. 58

7 ‘Beggars for Heaven’, p. 63

8 ‘Beggars for Heaven’, p. 60

“El 25 de Junio de 1905, dos jóvenes de veinte años subían la escala sempiterna que conduce al Sacré-Cœur. Llevaban en sí esa angustia que es el único producto serio de la cultura moderna, y una especie de desesperación activa, iluminada solamente, aunque sin fundamento aparente, por la seguridad interior de que un día se les mostraría la verdad de que tanta hambre tenían, y sin la cual les era imposible aceptar la vida.

“Atravesaron un jardincito de antaño, entraron luego en una humilde casa de muros ornados de libros y hermosas imágenes, y se encontraron en primer lugar con una especie de gran bondad blanca cuya apacible nobleza impresionaba, y que era la señora de León Bloy; sus dos hijitas, Verónica y Magdalena, los contemplaban con grandes ojos asombrados.

“León Bloy parecía casi tímido, hablaba poco y muy bajo, tratando de decir a sus jóvenes visitantes algo importante que no los decepcionara. Lo que les descubriría no puede narrarse; la ternura de la fraternidad cristiana, y esa especie de temblor de misericordia y de temor que sobrecoge frente a un alma que lleva el sello del amor de Dios. Franqueado el umbral de esa casa, todos los valores quedaban desplazados. Se sabía, o se adivinaba, que allí sólo había una tristeza, la de nos ser santos.” (‘Cartas de L.Bloy a sus sobrinos’, Prólogo de Maritain, Obras Completas, III, 1021)

Con León Bloy, el camino al absoluto filosófico quedó en suspenso, pues su anhelo tomó un giro inesperado hacia el Absoluto en la fe. Eso significó, ante todo, superar los prejuicios que habían hecho de la Iglesia Católica una desconocida, aunque al conocerla en vías a su conversión no dejó de escandalizarlos la realidad de los cristianos de su tiempo.

“El gran obstáculo para el cristianismo –escribía Maritain a comienzos de 1906– son los cristianos. Ésta es la espina que me punza. Los cristianos han abandonado a los pobres –y a los pobres entre las naciones, a los judíos–, y a la Pobreza del alma: la Razón auténtica. Me causan horror. Bloy es en el pueblo cristiano como un profeta en el pueblo judío: furioso contra su pueblo. (Pero aun así, en ese pueblo).” (CdeN, XII, 158)

Un año después de haberlos conocido, el 11 de Junio de 1906, León Bloy apadrina a Jacques, Raïssa y su hermana menor Vera en su bautismo

en la iglesia de San Juan Evangelista de Montmartre. Pocos meses después, Vera se fue a vivir con Jacques y Raïssa, formando con ellos por el resto de su vida una pequeña comunidad cristiana de profunda espiritualidad y entrega mutua.

De allí en adelante, durante los próximos dos años, el centro de todas sus preocupaciones pasó a ser solamente la fe, dejando estacionada en el bergsonismo la búsqueda de la verdad metafísica.

“Dejamos por ese tiempo a los filósofos argumentando entre sí; en tal sentido, nos sentíamos descansando en una neutralidad temporal, dejando a un lado todas sus filosofías hasta nuevo aviso. Fue una delicia vivir lejos de sus disputas, y dejar que poco a poco la razón humana creciera y renovara sus fuerzas, reparándose bajo la luz de las verdades eternas.” (Raïssa, Aventuras de la Gracia, AG, XIV, 829)

Poco días después del bautismo, los recién conversos partieron hacia Heidelberg, Alemania, con una beca de postgrado otorgada a Maritain para estudiar biología con Hans Driesh, biólogo neo-vitalista, también interesado en la teología, que con sus experimentos contribuyó grandemente a poner fin a la concepción mecanicista de los organismos vivientes. Maritain participaba con gran entusiasmo tanto en los experimentos como en la conclusión a que conducían a Driesh: *“el organismo vivo no podía ser producido y organizado sino por un acto creativo de una inteligencia superior.”*⁹

En esos momentos, la opción científica aparecía como una alternativa muy atractiva para Maritain, que todavía no alcanzaba claridad en cuanto a la **compatibilidad** de su visión filosófica bergsoniana con su nueva fe. Naturalmente, esto lo llevó a profundas meditaciones en procura de alcanzar la *“conciliación”* entre ambas, lo que, según confesaba, *“era el objetivo supremo de mi deseo”*. (Jacques, La Filosofía Bergsoniana, FB, I, 20)

En 1908, todavía en Heidelberg –y antes de haber tomado contacto con Santo Tomás–, reflexionando sobre la crítica de Bergson a la inmutabilidad del concepto, consideró que la conciliación deseada no era posible. En efecto, como la filosofía bergsoniana *“declara que el entendimiento nos engaña en la formación de los conceptos, que la razón nos engaña en el análisis que hace de la realidad y que el intelecto no está hecho para la verdad”* (FB, I, 230), y en la conclusión de Maritain, semejante visión anti-intelectualista es incompatible con la revelación divina.

⁹ ‘Beggars for Heaven’, p. 76

“Puesto que Dios nos da, por medio de conceptos y proposiciones conceptuales, verdades trascendentales e inaccesibles a nuestra razón –la Verdad de Su propia vida divina, ese abismo que es Él mismo– es porque el concepto no es un mero instrumento práctico incapaz, en sí mismo, de transmitir lo real a nuestra mente, y cuyo único uso es dividir artificialmente continuidades inefables, dejando que lo absoluto se escape como agua entre los dedos.

“Así, al aceptar completamente, sin equívocos ni reservas, el valor auténtico y real de los instrumentos del conocimiento humano, ya era yo un tomista sin tener conciencia de ello. Cuando pocos meses después me encontré con la ‘Suma Teológica’ fue como un flujo luminoso que no encontró obstáculo alguno en mí”. (FB, I, 20)

Ese fue, precisamente, el momento en que Maritain definió el sentido de todo su quehacer como filósofo. Puede decirse con propiedad que en el acto de romper con sus convicciones filosóficas bergsonianas, por su oposición a la revelación divina, Maritain sometió a **una lógica irreductible** todas y cada una de sus obras. En otras palabras, la ruptura con Bergson significó establecer una condición *sine qua non* para hacer efectiva su vocación filosófica: la necesidad de una compatibilidad absoluta entre la filosofía y la fe, lo que sólo vino a encontrar al comenzar la lectura de la obra de Santo Tomás de Aquino.

En la práctica, ya de regreso en Francia, Raïssa fue la primera en comenzar a leer la Suma, inducida por el Padre Humberto Clerissac, sacerdote dominico que desde 1909 fue el guía espiritual de la pareja por recomendación del Abate de los Benedictinos de Solesmes, Dom Delatte.

Maritain lo hizo más tarde, según dejó constancia en su ‘Cuaderno de Notas’:

“15 de Septiembre de 1910.- ¡Al fin! Gracias a Raïssa, empiezo a leer la Suma Teológica. Como para ella, es una liberación, una inundación de luz. El intelecto encuentra su patria.” (CdeN, XII, 207)

En este sentido, el Padre Clerissac jugó un rol importantísimo en la formación tomista de Maritain, dado que él mismo era de una formación muy sólida y rigurosa, destacando la gran importancia que otorgaba a la inteligencia.

“El Padre Clerissac amaba la verdad, amaba la inteligencia. Cuántas veces lo oímos decir: «La vida cristiana está basada en la inteligencia... Antes todo, Dios es Verdad. Vayan a Él y ámenlo bajo este aspecto». Él pensaba como San Agustín que la gloria eterna consiste en el disfrute de la Verdad.” (AG, XIV, 824)

Esta búsqueda de la certeza de lo absoluto certifica que Maritain nunca cayó en la tentación, especialmente habitual en los filósofos modernos, de enfrentar las incertidumbres naturales del saber inventado una filosofía personal para satisfacción de su propio ego.

Desde antes de su encuentro con Bergson y de su conversión al catolicismo, Maritain ‘sabía’ que lo Absoluto no puede ser una creación personal. Por eso, en cuanto encontró los principios de validez absoluta que posibilitan alcanzarlo, adhirió sin vacilaciones a una filosofía preexistente, sólidamente fundada en ellos, desarrollada paso a paso a lo largo de la historia de la humanidad, cual es la filosofía aristotélico-tomista. Ella le permitió iniciar su gran aventura espiritual e intelectual con la sólida armadura de la fe y la razón perfectamente armonizadas, armonía inicial que –sin variaciones ni mitigación alguna– lo acompañó durante toda su vida, constituyéndose en garantía de la unidad esencial de su pensamiento, hecho del que dejó constancia seis décadas después, en 1966, al presentar la misma conclusión de 1908 en ‘El Campesino del Garona’:

“La verdad de la Fe es la verdad infinitamente trascendente del misterio de Dios. Y sin embargo, Dios ha querido que esa verdad infinitamente trascendente sea expresada con conceptos y palabras humanas... Los conceptos y las palabras que nos transmiten la revelación son a la vez verdaderos y esencialmente misteriosos...”

“Es meditando sobre esto como, hace tiempo, un ferviente bergsoniano comenzó a percibir las debilidades de la crítica del concepto sobre la cual Bergson insistía tanto, y que, después de todo, él mismo desmentía al escribir sus grandes libros”. (Jacques, El Campesino del Garona, CdelG, XII, 786)